



EL RIO USUMASINTA.

«Antes de salir de la aldea de la Palizada, sita á unas veinte y cinco leguas al sur de la laguna de Términos, compré algunas provisiones, como galleta, arroz y carne salada; y fletando una canoa, hice conducir á ella mi equipaje, y me embarqué encomendándome á Dios. Durante una larga ausencia se encuentran á orillas de aquellos ríos de la América central, muchísimas casitas y un terreno bastante bien cultivado, lo cual nos favoreció para proveernos de mangos, sandías y *pozol*. Los indios nunca se embarcan sin llevar consigo este comestible, el cual consiste en una pasta de maíz, que se disuelve en agua, añadiéndole un poco de azúcar, y sirviendo así de bebida y de alimento. Es verdaderamente el mas económico de cuantos se conocen, y el menos embarazoso para el viajero.

»Remontábamos el río con una lentitud que me desesperaba, cuando los remeros, á quienes nada había podido estimular hasta entonces, divisaron una canoa que se había puesto en marcha desde la Palizada como media hora antes que nosotros. No fué menester otra cosa para excitar su indolencia, y por lo mismo se empeñaron en ganar á la embarcación avistada la delantera, con aquella obstinación tan natural en su raza: los que nos precedían no quisieron ceder, de lo cual resultó una desesperada lucha, que duró todo el día, causándome la mas viva satisfacción. En semejantes canoas se corre el inminente riesgo de la sumersión, cuando el remero de proa no tiene el mayor cuidado, pues la profundidad de las aguas solo permite navegar orzando todo lo posible, y acercándose mucho á las orillas del río, cubiertas de raíces, de troncos de árboles inclinados y de maleza flotante que presenta á cada momento nuevos escollos. Es preciso, además, conservar perfectamente el equilibrio, porque las canoas, formadas con árboles almecados, son angostas y ligeras. El río es en todas partes profundo, encajonado, de mucho limo, y además está lleno de cocodrilos, de modo que una caída en él seria una muerte segura. A todas estas delicias hay que añadir, que los tábanos con sus alas salpicadas de manchas negras, persiguen infatigablemente al navegante durante el calor del día, así como por la noche le sacrifican á lanzadas los insufribles mosquitos.

»A ocho leguas de la Palizada, el río *Usumasinta* destaca, en la dirección del noroeste, un brazo considerable, y al otro lado de esta se-

gregación, adquiere de nuevo su carácter salvaje, corriéndose majestuosamente el río, cuyo tamaño es ya dos veces mayor, entre dos magníficas laderas de bosques. Sus dos orillas presentan escenas de inesplicable grandeza: bambúes gigantescos, hermosos ciperideos, semejantes al papiro, y palmeras de débiles y ensortijados troncos, se inclinan sobre las aguas; á continuación masas de altas yerbas mezcladas de violetas silvestres, de racimos sobrecargados de frutas y de lianas delgadas y tirantes como los escotines de un navío, forman el segundo plano del cuadro. Al salir el sol, resuena en aquellas soledades el ruido que hacen las aves entre las ramas: aquel ruido es una mezcla de todos los idiomas, una confusión inmensa de sonidos extraños y discordantes. Por la primera vez escuché allí los chillidos de los monos araguates, que atruenan los bosques con su infernal batahola.

»El sol se acercaba al ocaso, cuando la canoa varó en una ensenada solitaria: subimos pues la cuesta escarpada, que nos condujo á una cabaña indiana, construida á la entrada del bosque, y en la cual nos dieron cuanto podían darnos: fuego y abrigo. En tanto que se preparaba nuestra comida, admiré el imponente panorama que se desarrollaba bajo mis pies. Las aguas tersas y puras del *Usumasinta* dejaban ver los terribles cocodrilos verdes dormidos en el fondo; á veces un tronco impedido por la corriente les obligaba á abrir su inmensa boca, y creyendo devorar una víctima, hincaban el diente agudo en el duro leño. La rabia entonces les hacia sacudir con fuerza su escamosa cola: nada se divisaba ya, porque las arenas removidas subían á la superficie, y enturbiaban las aguas.

»Después de una comida frugal, nos preparábamos á visitar los alrededores del bosque, cuando llegó á nuestros oídos un grito agudo y lastimero: al punto corrimos hacia el río, pero los apiñados troncos de los bambúes y la oscuridad de la noche nos opusieron invencibles obstáculos. Inútilmente escuchamos con atención para oír si el grito se repetía: la orilla del *Usumasinta* permanecía silenciosa y desierta; solo llegaba á nuestros oídos el ruido de su corriente, y el zumbido de los insectos sobre las plantas acuáticas.

»Tal vez algun viajero extraviado acababa de resbalar en aquella peligrosa pendiente; acaso al romper la fuerza de las aguas del río, algun infeliz navegante había sido pasto de los caimanes. Nos perdimos



en mil conjeturas y nos dirigimos tristemente á la cabaña con los corazones oprimidos por dolorosos pensamientos.

«Este incidente varió el curso de nuestras ideas; nuestro huésped nos refirió estensamente los peligros que le cercaban: los jaguares ú onzas americanas abundaban en el bosque inmediato, y los caimanes llegaban arrastrándose hasta muy cerca de la cabaña para sorprender durante la noche á sus perros ó á sus aves. Estos pormenores me interesaron sin agradarme: y como debíamos pasar la noche en un estrecho cobertizo, abierto y muy poco distante de la cabaña, introduje dos balas en mi fusil y previne á los indios que hiciesen una buena fogata.»

Las líneas que preceden están copiadas del *Diario* inédito de Monsieur A. Morellet, que completa su relacion con los pormenores siguientes:

«El río *Usumasinta*, cuyo nombre apenas se conoce, y cuyo incierto curso tal vez no puede seguirse en nuestras cartas, merece sin embargo el primer lugar entre los mas importantes de la América central. Nace en las montañas del Peten, al sur de la provincia de Yucatan, y atraviesa de este á oeste las solitarias arboledas en que, con el nombre de *lacandones*, andan dispersos y errantes los últimos restos de la nacionalidad indiana; recibe entre sus afluentes las aguas del río Lacanton, que pudiera disputarle la primacia, y despues de vencer el inmenso obstáculo que le oponen las altas montañas del territorio, abre un profundo remanso en los aluviones del Tabasco, y desemboca por tres grandes brazos en la laguna de Términos y en el Golfo Mexicano. Puede calcularse en ciento cincuenta leguas, cuando menos, la estension de su curso: la primera mitad desde su desembocadura es navegable para buques que no calan mas que doce piés de agua. A tres leguas de Tenosico se divide el *Usumasinta* en dos brazos, uno de los cuales parece destinado por la Providencia para el riego de unos terrenos en que el hombre nada pone para hacerlos feraces y ricos: surcos de agua naturales humedecen la tierra virgen, que tan sazonados frutos produce; y esos canales que nunca se secan y que reciben alimento continuo de las montañas de Yucatan, impiden al mismo tiempo que el brazo principal del *Usumasinta* inunde todo el territorio, como acontecería si la sangría del que sirve para regar sus campos, no evitase el crecimiento de las aguas de aquel. Por lo demás, los árboles de tan envidiable comarca conservan sus hojas á pesar de los rigores del invierno, y la tierra, dotada de una fuerza y de una juventud eternas, produce sin cansancio y casi sin esfuerzo, azúcar, café, tabaco, especias: en una palabra, todo lo que la mano del cultivador exige de su fecundidad maravillosa.»

## TEATRO DE ROXAS.

Entre los seis grandes nombres que los eruditos colocan en el primer orden de nuestro teatro español, ademas de los de *Lope de Vega*, *Calderon de la Barca*, *Tirso de Molina*, *Moreto* y *Alarcon*, figura debidamente el de D. FRANCISCO DE ROXAS. Las obras de este eminente autor dramático son generalmente poco conocidas, pero algunas de ellas, que á fuer de su inmenso valor han salvado del olvido y llegado hasta nosotros en la escena, bastarian para colocar á Roxas en aquel eminente puesto, si las muchas otras en que ostentó su rica fantasia, su grande intencion dramática y su elegante y sublime diction poética, no quedasen como de reserva para sancionar en caso necesario aquel acertado fallo de los criticos eruditos.

Los títulos de Roxas á su gran popularidad son los dramas tan conocidos y simpáticos, *García del Castañar*, *Donde hay agravios no hay celos*, *Casarse por vengarse*, *Los Aspidos de Cleopatra*, *Lo que son mugeres*, y *Abre el ojo y aviso á los casados*; que son los únicos que el público está acostumbrado á ver en la escena, si bien quedan todavía otros muchos, como *El mas impropio verdugo*, *El Cain de Cataluña*, *Progne y Filomena*, *Los amantes de Verona*, *El tercero de su afrenta*, y *No hay ser padre siendo rey*, que no por mas olvidados encierran menos bellezas de primer orden, especialmente en el género trágico, en el cual tiene Roxas poca competencia entre los autores españoles. Verdad es que si quisiéramos señalarle esa especialidad, pudiera respondernos al instante con obras de bien diferente índole en su argumento y estilo, como *Don Diego de Noche*, *El Sordo y el Montañés*, y aquel chistosísimo tipo de *Don Lucas del Cigarraf*:

«Zambo un poco, calvo un poco,  
dos pocos verdimoreno,  
tres pocos desaliñado  
y cuarenta muchos puerco.»

en donde el festivo donaire de la accion y la gracia del estilo, no tienen que envidiar á las mas felices creaciones del maligno Tirso, del chistoso y epigramático Moreto.

En cuanto á la pureza y elegancia de la diction, sucede á Roxas lo mismo que en cuanto al género de los argumentos, remontándose

á veces á las mas altas regiones de la bella poesia, é intrincándose otras en el oscuro laberinto de los conceptos alambicados al gusto gongorino.—De las primeras pudieran citarse ejemplos numerosos, y casi toda la magnífica creacion del *García*, tan popular que no hay aficionado que no la sepa de memoria; de los segundos, abundarian tambien por desgracia las citas en cada uno de los dramas, especialmente trágicos, de Roxas, como *Los Aspidos de Cleopatra*, *Los tres blasones de España*, y *El Cain de Cataluña*. Por último, de la soltura y vis cómica de sus diálogos, de la epigramática espresion de sus graciosos, y de su chiste especial y característico, ¿quién no conoce aquel delicioso soliloquio de Sancho en la comedia del *Amo Criado*, que empieza:

«Despues de Dios, bodegon,»

en que hay espresiones tan felices y epigramáticas como las siguientes:

«¡Bendito seas vos, Señor,  
que no me habeis dado honra!»

¡Que aquestos duelos prosigan!

¡que sea el mentir afrenta!

¡que no importa el que yo mienta  
y importa que me lo lo digan!

y sobre todo el admirable diálogo de don Lope y su criado Moron en la comedia *No hay amigo para amigo*, que ha merecido ser inserto en todas las colecciones de trozos escogidos de nuestro teatro, y que no reproducimos aqui por esta razon?

De D. Francisco de Roxas se saben muy pocas noticias.—Don Nicolás Antonio, y despues García de la Huerta, le suponen nacido en San Estéban de Gormaz; Montalvan en su *Para todos*, y despues el señor Lista, lo colocan entre los hijos de Madrid; pero el erudito Alvarez Baena resolvió negativamente la cuestion en sus *Hijos ilustres de Madrid*, asegurando que en las pruebas que hizo para tomar el hábito de Santiago, consta que nació en Toledo en 1644, y que fueron sus padres el alférez D. Francisco Perez de Roxas y doña Mariana de Vesga Ceballos.—Estas son las únicas noticias que de él tenemos; y de sus comedias en coleccion solo existen dos tomos ó partes, impresas ambas en Madrid en 1680, y que comprenden solo veinte y cuatro de aquellas. Las demás que damos por suyas en la adjunta lista, las hemos visto impresas ó manuscritas con su nombre, aunque no garantizamos la autenticidad de todas ellas, y aun de algunas, como la de *En Madrid y en una casa*, nos inclinamos á la opinion del señor Hartzenbusch, de que pudiera ser del maestro Tirso de Molina.

R. DE M. R.

## COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á D. FRANCISCO DE ROXAS.

Abre el ojo, y aviso á los casados.

A lo que obliga el desden.

Amantes (los) de Verona.

Antes de nacer naciendo.

Aspidos (los) de Cleopatra.

Bandos (los) de Verona.

Buena sangre es lo mejor.

Caballero (el) del Febo.

Cada cual lo que le toca.

Cain (el) de Cataluña.

Carboneros (los) de Francia.

Casarse por vengarse.

Confusion (la) de fortuna.

Cerco (el) de Sevilla.

Del rey abajo ninguno, García del Castañar.

Desafío (el) de Carlos V.

Desden (el) vengado.

Difunta (la) pleiteada.

Donde hay valor, hay honor.

Donde hay agravios, no hay celos, el *Amo Criado*.

Don Pedro Miago.

Don Diego de Noche.

Don Gil de la Mancha.

Encantos (los) de Medea.

Encantos (los) de la China.

Encantos (los) de Bretaña.

Entre bobos anda el juego, Don Lucas del Cigarraf.

En Madrid y en una casa.

Esmeralda (la) del amor.

Esclava (la) de su galán.

Esto es hecho.

Galan, discreto y valiente.

Judas Macabeo.



Lo que son mugeres.  
 Lo que mienten los indicios.  
 Lo que Dios al hombre precia.  
 Lo que quería ver el marqués de Villena.  
 Loca (la) del cielo.  
 Lucrecia y Tarquino.  
 Mártires (los) de Calahorra.  
 Mártires (los) de Valencia.  
 Mas vale maña que fuerza.  
 Mas (el) impropio verdugo.  
 Mas pesa el rey que la sangre.  
 Mas es querer que poder.  
 Médico (el) de su amor.  
 Morir pensando matar.  
 Murmuraciones de aldea.  
 No hay amigo para amigo.  
 No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.  
 No hay duelo entre dos amigos.  
 No hay ser padre siendo rey.  
 No intente el que no es dichoso.  
 Nuestra Señora de Atocha.  
 Nuestra Señora del Rosario, y Corona mas hermosa.  
 Numancia destruida.  
 Obligados y ofendidos.  
 Obreros (los) del Señor.  
 Patio (el) de palacio.

Peligrar en los remedios.  
 Pérsiles y Segismunda.  
 Pinares (los) de Cuenca.  
 Primero es la honra que el gusto.  
 Profeta (el) falso, Mahoma.  
 Progne y Filomena.  
 Prudencia (la) en el castigo.  
 Saber de una vez.  
 San Atanasio.  
 Santa Isabel, reina de Portugal.  
 Santa Taz.  
 Segunda (la) Magdalena.  
 Selva de amor y de celos.  
 Sin honra no hay amistad.  
 Sordo (el) y el Montañés.  
 Tercero (el) de su afrenta.  
 Trabajos (los) de Tobias.  
 Traición (la) busca el castigo.  
 Tres (los) blasones de España.  
 Trompeta (la) del juicio.  
 Varios prodigios de amor.  
 Vida (la) en el atahud.  
 Vida (la) y rapto de Elías.  
 Vida (la) de Nebot.  
 Zelos (los) de Rodamonte.



TORRE-LUCEA. (Torre-larga.)

Este bello edificio, que se levanta en el centro de la villa de Zaira, cuya descripción dimos á luz en el número 5 de este año, es una esbelta construcción del siglo XV, labrada con sillarejos de piedra arenisca. Abandonado al presente, conserva sin alteración alguna en su exterior el carácter de la época á que pertenece; pero interiormente se resiente de su estado actual.

## AMOR A VISTA DE PAJARO.

(Continuación del capítulo XVI.)

—Qué quiere V., condesa; el vulgo se entretiene en dar y quitar reputaciones á su antojo: pero V., que no pertenece al vulgo antojadizo, estará completamente persuadida de que yo soy un buen muchacho.

—De lo que yo estoy persuadida es de que ese viajecillo á Bayona encierra algún misterio.

—Encierra uno, que á V. solamente osaré decirlo, porque V. sabrá perdonarlo.

—¿Piensa V. engañarme?

—Señora.....

—Sepamos.

—Yo no miento nunca.

—Rara cualidad.

—No conviniéndome decir que venia á los baños, dije á cierta persona que iba á Francia; y para no ser embustero fui en derecha á Bayona.

—Si non é vero é bene trovato.

—Condesa, ¿V. duda de mi palabra?

—Como he de dudar yo de la palabra de un hombre que para no mentir engaña: dijo la condesa riendo.

—Ocupándonos de otra cosa, ¿se divierte V. mucho en Arecha-valeta?

—Tal cual. Estamos aquí mucha gente, y las reuniones, por lo tanto, son muy animadas.

—Me alegro. ¿Por supuesto se encontrarán muchos madrileños?

—Los bastantes para no perder el buen acento castellano.

—¿Y personas de aquí de las provincias han concurrido muchas?

—Las precisas para aprender el vascongado. Y á propósito, antes de ayer llegó una muchacha deliciosa.

—¿A quien V. trata?

—Si V. quiere tratarla también, quédese V. á comer conmigo.

—¿Come con V. esa muchacha deliciosa?

—Me gustó tanto cuando me la presentaron anoche, que la invité á comer conmigo; de modo que si V. me hace el mismo obsequio conocerá á mi Magdalena.

—¿Se llama Magdalena?

—Sí. ¿Pero qué impresión ha hecho á V. ese nombre?

—Ninguna. Únicamente iba á preguntar si esa Magdalena es pecadora ó penitente.



—Es mucho mejor.

—¿Pues qué es?

—Inocente.

La faz risueña de la condesa se entristeció al pronunciar esta palabra. ¿Sería la condesa una Magdalena pecadora ó una Magdalena penitente? ¿Se consideraba tan culpable que el recuerdo de su inocencia la atormentaba como un remordimiento, ó solo sentía haber perdido ese misterioso perfume que derrama la inocencia unida á la juventud? Ni aun la misma condesa, quizás, podría responder á esta pregunta. Lo cierto es que se puso triste. Luis lo notó, y creyó adivinar la causa de tan repentina tristeza: sin embargo, como hombre de mundo, no consideró fino ni prudente hablar de ella, y siguiendo la conversacion por la parte inofensiva, dijo:

—¿Sabe V., condesa, que esa jóven debe ser sumamente hermosa cuando ha hechizado á V. su beldad?

—Amigo Meneses, ¿tan envidiosa me cree V. que haga difícilmente justicia á la hermosura de las mugeres? dijo la condesa, agradeciendo á Luis el giro que habia dado á la conversacion.

—Tan lejos estoy de creer á V. capaz de envidia, que fundaba mi opinion en que siendo V. sumamente hermosa, á juzgar por su propia hermosura, debe parecerle muy pequeña la hermosura de las demás, siempre que establezca la mas ligera comparacion.

—Agradezco á V. su discreta galanteria; pero hablemos de Magdalena.

—Hablemos de ella, supuesto que V. lo desea: repuso Luis, apartando indiferencia.

—Pues repetiré á V. una y cien veces, que es una criatura celestial.

—Tanto la encomia V., condesa, que, francamente, deseo conocerla.

—¿De modo que acepta V. mi invitacion de acompañarnos á la mesa?

—Es tanta la bondad de V., que temo abusar aceptando.

—Nada menos. Vamos á comer en familia, V., Magdalena y yo solos.

—Ahora temeria ser impertinente no aceptando una tan cordial invitacion.

—Que me agradecerá V. doblemente cuando conozca á Magdalena.

—¿Pero, sin exageracion, condesa, es tan hermosa esa criatura?

—Bien sabe V. que las mugeres debemos ser creidas bajo nuestra palabra cuando hacemos tales elogios. Pero no se distingue Magdalena solamente por su hermosura, pues la hace mucho mas adorable un carácter verdaderamente angelical.

—La condesa está haciendo con sus verdaderos colores el retrato de mi adorada Magdalena; y ahora si que estoy segurísimo de no equivocarme, porque tal retrato solo conviene á la virgen de mis amores: se dijo Luis, cayendo en una profunda distraccion, que comprendió al momento su improvisada amiga.

La condesa estaba muy acostumbrada á estudiar rostros corteses, para no leer en el de Luis una gran parte de lo que pasaba en su interior; y cogiéndole la mano con esa franqueza indiferente y voluptuosa que tienen las mugeres del gran mundo, le dijo con una risita de difícil esplicacion.

—He querido picar un tanto la curiosidad de V., y veo que la he irritado sobremanera.

—¿Pues qué, es una fábula la existencia de esa Magdalena? preguntó Meneses con estraña vivacidad.

—No, amigo mio; pero veo que se ha enamorado V. perdidamente del retrato.

—¿Tan visionario me hace V., condesa? preguntó Luis queriendo enmendar su arrebató.

—No tengo motivo para calificar á V. de ese modo; pero no estrañaré que lo sea. Yo no me tengo por visionaria ni romancesca, y muchas veces he concebido fuertes simpatias por personas á quienes solo conocia de fama. Y cosa estraña, cuando he tenido el gusto de tratarlas, generalmente se han aumentado mis simpatias. ¿Por qué no ha de suceder á V. con Magdalena, lo que á mi me ha sucedido con V.?

Estas últimas palabras de la condesa podian ser un simple cumplimiento, y tambien podian ser mucho mas. Luis, por modestia ó por conveniencia, las calificó de lo primero.

—Nada tendria de estraño que yo sintiera por la interesante Magdalena, ser fantástico ó estraordinario, una verdadera simpatia, cuando V. la sintió por mí, ser real y comun. Pero debo confesar á V. que esa señorita solo me inspira curiosidad; y mal podría inspirarme otra cosa, cuando tengo la dicha de encontrarme al lado de V.

Estas palabras de Meneses podian ser muy bien una respuesta muy galante al cumplido de la condesa, y tambien podian contestar directamente á la otra interpretación de que eran susceptibles las palabras de la misma señora. La condesa quiso apreciarlas en su verdadero valor, y clavó en Luis una mirada penetrante. No sentia Luis pasion alguna por su nueva amiga, ni habia imaginado fingírsela, y por lo tanto no encontró la condesa en los ojos de Meneses esa vidriosidad que se distingue en los ojos de los enamorados cuando miran á sus ama-

das, y en los de los enfermos muy próximos á la agonía. La condesa era demasiado práctica para desconocer este sintoma; y calculando que únicamente debia procurar distraer á Luis hasta la hora de la comida, si queria hacerle todo lo agradable posible su hospitalidad, le propuso dar unas vueltas por el jardin; el cual estaba en comunicacion con el saloncito. Aceptó Meneses con júbilo una proposicion tan en armonía con sus aficiones campestres; presentó su brazo á la condesa, y empezaron á caminar bajo los frondosos frutales.

El que ha rodado cuando niño sobre el húmedo y florido césped, natural alfombra de los jardines y los prados, se entristece cuando recorre las inmediaciones de Madrid, al pisar entre árboles, hijos de una vegetacion ficticia, arena tan deleznable y árida como la de los desiertos de la Arabia; y cuando vuelve á pisar el césped, alza la frente con orgullo, como el árabe corcel que mira las profundidades del desierto, inmenso campo á su carrera. Meneses habia rodado cuando niño sobre un césped tan matizado y esponjoso como una rica alfombra persa; Meneses habia pisado con fatiga la deleznable arena de los mas bellos paseos de la corte; Meneses volvia á pisar florido césped en el jardin de la condesa, y era inmensa su felicidad.

—¿Qué tiene V., amigo mio? le preguntó la noble dama, notando su estraña emocion.

—Tengo, señora, que veo á mi alrededor árboles cuyas hojas están brillantes como las esmeraldas; arroyos y fuentes que apagan, con su sola vista, la sed; y sobre todo, que siento crujir bajo mis plantas un césped mas verde que las hojas de los naranjos, y tan salpicado de flores, como el firmamento de estrellas en una noche de verano.

—Le sucede á V. lo que á mí. El campo me da nueva vida. ¿Pero me parece que me llaman?

—Efectivamente. Oigo á lo lejos repetir la palabra condesa.

—Pues apresuremos el paso, para que pronto nos encontremos.

#### CAPITULO XVII.

##### La bella vascongada.

La condesa y Luis caminaban con la mayor celeridad sobre el verde césped que tanto gustaba á Meneses, y segun iban adelantando, se oia la voz mucho mas cerca. La condesa debia conocerla, pero por cálculo ó descuido, no manifestaba á su compañero su convencimiento ó conjeturas. De improvviso cesó la voz que ya habian oido bastante cerca, precisamente cuando Luis y su nueva amiga entraban en una calle de castaños, tan gigantescos y acopados, que en balde procuraba el sol turbar la misteriosa oscuridad de aquella bóveda de ramas. Terminaba esta sombría calle en una especie de rotonda, formada por ocho castaños mas acopados y gigantescos que los de sus cuatro avenidas, en cuyo centro se elevaba una taza de mármol blanco, cuyo abundante surtidor se rompía en una bóveda de hojas, á quince ó veinte pies de altura, cayendo en menuda lluvia de perlas ó en copos de apretada nieve. Junto á esta taza y arrodillada sobre el césped, estaba una muger alta, delgada, jóven y hermosa, vestida con un ligero traje blanco y celeste, que despues de haber bañado su fresco rostro en los cristales de la fuente, se lo enjugaba con un pañuelo de batista.

—¿Distingue V., amigo mio, una muger arrodillada en medio de aquella rotonda? preguntó la condesa á Luis.

—Sí señora. Está arrodillada junto á una gran taza de mármol, repuso Luis acelerando el paso.

—Pues esa muger arrodillada y de espaldas hácia nosotros, es Magdalena.

—Luis cayó de rodillas. Acababan de llegar á la entrada de la rotonda.

—¡Magdalena! gritó la condesa, queriendo aprovechar la turbacion de Meneses.

Magdalena se levantó, vió á Luis, dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos. Meneses vió tambien el rostro de Magdalena, ahogó un suspiro y se levantó avergonzado.

—Perdónenme VV., amigos míos, dijo la condesa colocándose entre los dos jóvenes, la sorpresa que les he causado. Sepa V., querida Magdalena, que mi amigo Meneses y yo hemos pasado toda la mañana hablando de V.; yo deseando tener el gusto de abrazarla por tercera vez, y mi amigo el de conocerla. La casualidad ha hecho que la hayamos encontrado hecha la ninfa de esta fuente, y Meneses, que tributa culto á la hermosura, cayó de rodillas en el dintel del templo, adorando su divinidad.

—Señora!... murmuró Magdalena, poniéndose mas encarnada que las amapolas silvestres.

—Señora!... murmuró Meneses no menos turbado que la jóven.

—¿Es verdad, amigo Meneses, que mi querida Magdalena es sumamente hermosa? preguntó la condesa.

—Es verdad, repuso Luis á media voz y profundamente conmovido.



Magdalena bajó los ojos con la timidez de una niña.

Efectivamente Magdalena era una criatura hermosísima: ninguna madre podía desear mas belleza para su hija; ningún pintor mas belleza para sus vírgenes. Rafael de Urbino no encontró en la tierra un modelo tan casto y puro para sus Madonas, Murillo tuvo que subir á los cielos para hallar el de sus divinas concepciones. Luis miraba á la hermosa jóven con asombro; y sin embargo fruncia los labios y arqueaba las cejas con franca espresion de disgusto. ¿No le parecía bastante bella? Sí, le parecía encantadora; pero fruncia los labios y arqueaba las cejas, porque la Magdalena de la fuente no era la Magdalena de la iglesia de San Lorenzo; porque la amiga de la condesa no era la sombra que perseguía Luis afanosos: en una palabra, porque un nombre lo había engañado segunda vez.

La condesa, que se había propuesto no perder ni una sola de las impresiones que en su concepto no podían menos de experimentar dos personas puestas en contacto de un modo medianamente romanesco, llevaba sus miradas de Magdalena á Luis; y al fijarlas en este último, leía en su rostro un combate tan singular que no sabía como espiarcelo. Comprendió al fin que Magdalena por timidez, Luis por preocupación, y ella por querer observar demasiado, estaban guardando un silencio que se iba haciendo embarazoso, y dirigiéndose á su nueva amiga, dijo:

—Este caballero sabe ya que tuve el gusto de conocer á V. ayer; pero que la profeso una verdadera amistad.

—Mil gracias, señora condesa, repuso Magdalena poniéndose mas encarnada.

—Este caballero es un amigo mio de Madrid, que se llama D. Luis de Meneses; añadió la amable condesa.

—Y considero un alto honor el de ponerme á los piés de V., señorita, tartamudeó Luis sacudiendo su entorpecimiento.

—Yo me creo la favorecida, dijo Magdalena á media voz.

—Basta, amigos míos, de cumplimientos, dijo la condesa; y tomando el brazo de su amiga, añadió:

—Lo que ahora debemos hacer es pasear un poco por el jardín, y V., Meneses, no merecerá el nombre de jóven galante sino se apresura á formar dos lindísimos ramos de flores.

—No quiera Dios que yo merezca tan dura calificación; y si puede alejarla un buen deseo y una actividad prodigiosa, no la mereceré jamás, repuso Meneses jovialmente, conociendo que su taciturnidad lo pondría muy pronto en ridículo á los ojos de la condesa; y sin esperar nuevas órdenes se lanzó á los cuadros del jardín.

Luis había comprado en su vida muchísimos ramos de flores para arrojarlos á los piés de las bailarinas y cantantes, ó ponerlos entre las manos de mas encopetadas damas; pero nunca había tenido que poner en prensa su nimen para confeccionarlos; y por lo tanto se encontraba en una posición medianamente embarazosa. Sin embargo, se consagró con sumo afán á su tarea, y pronto se vió rodeado de flores que habían crecido juntas, y que juntas debían morir cortadas de sus verdes tallos. La condesa y Magdalena en tanto seguían su agradable paseo, y la primera, que parecía obligada á entablar las conversaciones, dijo á la segunda:

—Magdalena ¿qué tal ha parecido á V. mi amigo?

—Condesa, repuso la jóven ruborizándose como siempre, me ha parecido un caballero bastante fino.

—¿Nada mas que fino, querida? volvió á preguntar la condesa dando á su pregunta cierta entonación maliciosa.

—He notado en él unos modales muy distinguidos, propios sin duda de su educación cortesana.

—Pues me parece, amiga mia, que V. ha sorprendido á Meneses.

—No es extraño que mi aire de provincia sorprenda á un caballero de la corte, repuso Magdalena.

—No es su aire provinciano, querida, lo que ha sorprendido á Meneses, sino su hermosura.

—Condesa, V. sabe que no poseo esa hermosura que sorprende.

—Cuando se volvió V. á mi voz ¿no encontró á Meneses de rodillas?

—Sí señora; pero en vano procuré explicarme aquella extraña posición.

—Meneses cayó de rodillas al contemplar á V., Magdalena.

—Ahora me lo explico: ¿era una broma que tenían VV. combinada?

—No existía combinación alguna. ¿No ha notado V. despues en Luis cierta turbación?

—He notado, querida condesa, mucha distracción y aturdimiento.

—Pues esa aparente distracción, esa especie de aturdimiento...

—Señoras: concluí mi tarea; interrumpió Luis presentándose con un ramo en cada mano, no enteramente malos para ser su primera obra.

—Muchas gracias, murmuró Magdalena ruborizándose otra vez.

—Muchas gracias, amigo Meneses; veo que hace V. muy bonitos ramos, dijo la condesa riendo.

Luis conoció que aquel elogio podía ser muy bien una burla; pero

como no tenía pretensiones de florista, y creía impertinentes las escusas, respondió con desembarazo:

—Celebro mucho que mis ramos merezcan la aprobación de V.; porque así podré aspirar, sin merecer la nota de temerario, á la plaza de su jardinero mayor.

—Está ocupada, amigo mio; repuso la condesa en el mismo tono de broma; pero queriendo premiar inmediatamente su mérito, le nombro desde hoy jardinero mayor honorario, con derecho á la primera vacante. ¿Admite V. el nombramiento?

—Lo admito, condesa, y me creo largamente recompensado.

—¿Creen VV. que debemos volver á mi saloncito de descanso?

—Como V. quiera: dijo Magdalena, jugando con su ramo de flores.

—Opino con V., condesa. He visto en el saloncito un piano, y como soy muy aficionado á la música... dijo Meneses, que al parecer había recobrado su buen humor.

—¿Querrá V. que cante Magdalena? dijo la condesa adelantándose hácia el saloncito.

—Tendría en ello muy particular satisfacción.

—Y con muy fundado motivo, porque Magdalena es una verdadera profesora.

—Es un favor que no merezco, y que me dispensa la tierna amistad de la condesa, dijo Magdalena.

—Ahora lo veremos, añadió Luis, entrando el primero en el salon, y abriendo el piano.

La condesa unió sus instancias á las de Luis, Magdalena se escusó sin gatzmoñería; cedió como era natural; y poniéndose al piano, cantó con una hermosa voz de contralto la siguiente romanza:

Dos ángeles bellos  
Rasgaron las nubes,  
Lanzando destellos,  
Hermosos querubens,  
Y en tronos de flores  
Sentarse los vi.  
De aromas su aliento  
Las áuras henchia;  
Sus bucles el viento  
Galano mecía,  
Y tiernos amores  
Volaban allí.  
A los dos sensible  
Adoré sin dolo;  
Pues me era imposible  
Amar á uno solo  
Despues que los vi.

—Es una preciosa romanza, dijo la condesa acercándose cariñosamente á Magdalena.

—Yo tengo por ella una especial predilección, dijo Magdalena separándose del piano.

—Y yo no recuerdo haberla oído nunca, observó Luis.

—Es mas que posible, repuso Magdalena, que parecia muy animada despues de concluido su canto.

—¿Tan rara es esa música que yo no debo haberla oído nunca? preguntó Meneses.

—Ya habrá V. notado que la palabra es castellana, y ha podido V. inferir que la música será obra de un compositor español, observó Magdalena sonriendo.

—Y segun V., hermosa Magdalena, ¿yo no debo conocer mas música que la que compongan los profesores italianos? Tiene V. pobrísima idea de mi españolismo.

—No lo he dicho por ello; pero generalmente solo se conocen las piezas de música correspondientes á óperas muy acreditadas, y esta romanza es una distracción de ociosos.

—¿Hecha por V., Magdalena? preguntó Luis con cierto interés completamente artístico.

—No señor.

—¿Pero dedicada á V. al menos?

—A mí y á una primita mia.

—¿Quiere V. recitarme la letra?

—Con mucho gusto.

—La sopa, anunció un criado.

—Vamos, amigos míos, á la mesa, dijo la condesa levantándose.

—¿Dice la romanza?... insistió Luis.

—Despues de comer tendré el gusto de recitársela, repuso Magdalena.

Meneses presentó su brazo á la condesa, y aplazó su curiosidad para despues de la comida.

#### CAPITULO XVIII.

#### Luis posee las tres virtudes teologales.

Desde el saloncito de descanso hasta un cenador de jazmines y rosales, que debía servir de comedor á la condesa y sus amigos, na





pronunció Luis ni una palabra; pero continuó acariciando la idea que había concebido mientras confeccionaba los dos ramos. «Cuando encontré en Bayona á Remigia, se había dicho, estuve á punto de deses- perarme; y sin embargo, Remigia, antipática y fea, me dió noticias sin las cuales me hubiera sido muy difícil seguir la pista á mi adora- da Magdalena. En Arechavaleta he hallado á una condesa, que aunque marcadamente jamona, tiene talento, travesura y restos de pasada belleza; y á una jóven mucho mas hermosa que yo hubiera podido de- searla antes de conocer á la Magdalena que persigo. Ahora bien, ¿por qué estas dos mugeres lindas no han de poder darme noticias tan in- teresantes como las que me dió Remigia?» Al pronunciar segunda vez el nombre de Remigia, recordó Luis que la pobre jóven iba á tomar los baños de Biarritz, por enfermedad, y rogó á Dios fervorosamente que hallara en ellos la salud. Este ruego, dirigido al cielo en una si- tuación tan crítica, era una prueba irrecusable de que existía en el alma de Luis un gran fondo de caridad. «Cuando vi á la Magdalena de hoy, prosiguió Meneses, me arrodillé, como hubiera podido hacerlo ante una imagen, porque tenía y tengo la mas profunda confianza de que, mas tarde ó mas temprano, he de encontrar á la otra hermosa Magdalena.» Y como Luis al pronunciar estas palabras estaba muy lejos de ver á su querida sombra, probaba con ellas una fe tan firme como la de los mártires. «Y ya que engañó mi deseo, añadió en su mental monólogo, estoy seguro de que esta nueva Magdalena, tan linda y que canta tan bien, ha de revelarme la manera de encontrar pronto á la otra hermosa de su nombre.» Aquí manifestaba Luis toda la estension de su esperanza, y explicaba la oculta causa de su repen- tina alegría.

Escusado fuera decir que la condesa y Magdalena no poseían se- gunda vista, y por lo tanto, que solamente Luis sabia lo que pasaba en su interior.

Los segundos que invirtió Luis en su ingenioso raciocinio, los em- pleó la condesa en pensar sobre un específico que debía tornar en hebras de oro, algunas de plata que de vez en cuando matizaban su blonda y poblada cabellera. También Magdalena debía pensar en algo; pero con una reserva que haría honor al diplomático mas diestro: ha ocultado su pensamiento, y es imposible referirlo. Lo cierto es, que meditando se acercaron á la mesa, y que el olorcillo de la sopa interrumpió opor- tunamente las mas serias ocupaciones.

Cuando están sentadas á la mesa muchas personas, suelen presen- tarse incidentes muy dignos de ser mencionados: cuando entre perso- nas distinguidas comen otras de mala educacion, los incidentes se mul- tiplican, y los hay sumamente cómicos; pero cuando se sientan á la mesa tres personas bien educadas, no sucede nada de extraño, y hay poquisimo que contar. La condesa había ofrecido á Luis una comida de familia, y cumplió fielmente su palabra. Una buena sopa, un cocido, un frito, dos salsas, un asado y seis ú ocho postres no constituyen un banquete; pero cuando todos estos platos son buenos y están muy bien condimentados, se satisface el apetito, y solamente un gloton puede quedar descontento. Ni Luis ni Magdalena se encon- traban en este caso, y agradecieron á la condesa su sabroso y familiar convite.

Servidos los postres, la condesa, que durante toda la comida ha- bía estado obsequiosa sin pesadez, dijo á Luis:

—Amigo Meneses, los huéspedes de Arechavaleta tenemos la cos- tumbre de dar, despues de comer, largos paseos por sus pintorescas inmediaciones, y V. querrá indudablemente seguir esta buena cos- tumbre.

—Cumpro fielmente aquel adagio, *Adonde fueres haz lo que vieres*, repuso Luis alegremente.

—Pues empezará V. por resignarse á estar solo un cuarto de hora.

—Permítame V. que la pregunte si esta privacion tiene que ver con el paseo

—Mucho que sí: pues me retiro á mi tocador para ponerme en dis- posicion de pasear.

—¿Y esta señorita tambien? preguntó Meneses deseando hablar á solas con Magdalena.

—Esta señorita me acompaña. ¡Pues no es V. poco egoista, que- riendo privarme de la presencia de mi amiga! ¿Qué dice V. de ello, Magdalena? añadió la condesa con aparente severidad.

—Que se han propuesto VV. favorecer singularmente una compa- ña que vale muy poco.

—¿Pero V. por quién se decide en tan empeñada contienda?

—Por V., condesa, por V.: dijo Magdalena al momento.

—Ya esperaba yo quedar vencido, observó Luis galantemente.

—Tardaremos quince minutos, y entre tanto queda V. dueño del jardin, repuso la condesa; y tomando el brazo de su amiga, se alejó con ella, dejando á Luis entregado á sus pensamientos. Meneses no se encontraba mal con ellos, y pasó los quince minutos sentado en la misma silla que ocupaba cuando se fueron las dos damas, apurando á pequeños sorbos una media copa de Champagne. La condesa era una

señora que cumplía fielmente sus palabras, cualidad que no tienen siempre los hombres y casi nunca las mugeres, y al cumplirse los quince minutos estaba de vuelta con su amiga.

—Levántese V., señor Meneses: dijo entrando en el cenador.

Luis se levantó sin decir palabra, como un recruta á quien su cabo da una orden.

—¿Parece que no lo ha pasado V. tan mal durante nuestra ausen- cia? insistió la condesa.

—Señora, no añada V. á la severidad del castigo la crueldad del sar- casmo: repuso Meneses.

—Pues vamos á dar nuestro paseo, si V. lo aprueba, caballero.

—Señora, sus deseos de V. son las órdenes que yo espero para cumplirlas.

La condesa, Magdalena y Luis abandonaron el jardin, y momentos despues el pueblo, dirigiéndose á una glorieta desde la cual se des- cubría el mas pintoresco panorama. Este grupo de tres personas se iba aumentando lentamente con varias señoras y caballeros que lle- vaban la misma direccion, muchos conocidos de Meneses, y todos de la amable condesa, que segun iba observando Luis, era aquel año el alma de la sociedad allí reunida.

Los conocidos y conocidas de Meneses le dirigian, como era natu- ral, preguntas relativas á los motivos de su inesperada venida, y par- ticularmente le preguntaban si pensaba permanecer. Estas preguntas, muy naturales y sencillas, no sabia cómo contestarlas, pues estando oculta por entonces su estrella polar, mal podía señalar el rumbo que había de marcarle esta estrella.

Luego que llegaron á la glorieta, se dividieron en varios grupos: Meneses procuró acercarse á Magdalena; pero como *la fortuna no es para quien la busca, si no para quien Dios se la depara*, por aproxi- marse á la hermosa jóven, cayó entre las uñas de una vieja, célebre en la corte por sus malas obras y palabras, pues tenía una lengua como un hacha.

—Venga V. acá, buena pieza, dijo á Luis saliéndole al paso. ¿Cuán- do ha venido V.?

—Señora, llegué esta mañana: repuso Luis procurando desemba- razarse.

—¿Y piensa V. permanecer aquí toda la temporada de baños?

—Desearia permanecer, pero no puedo asegurarlo aun.

—Ya es V. bueno. Vi trae por aquí, sin duda, alguna intriguilla.

—Señora, yo vengo, como todo el mundo, huyendo del calor y...

—Ya. Merece V., segun parece, las distinciones de la condesa.

—La condesa es una buena amiga, pero aseguro á V. que yo...

—No se meta V. á disculparla, pues es muger que nada pierde por un amante mas ó menos.

—Pero, señora, si en mi vida...

—Dígame V. ¿Dió V. pasaporte á la pobre Luisa?

—No comprendo...

—Hizo V. muy bien. Era buena muchacha y no fea, pero tan ton- titita...

—Repito á V. una y mil veces que no sé de quién V. me habla.

—Echela V. de reservado. Pues mire V., aunque parece tan pavita, ha tenido relaciones con un capitán de granaderos, con un estudiante de leyes, con un cantante...

—Pero, señora...

—Supuesto que V. se incomoda, no hablaremos ni una sola palabra de sus relaciones; pero en cambio nos ocuparemos de Catalina, que engaña á su marido; de Encarnacion, que engaña á su amante; de Faustina, que engaña á su marido y á su amante; de Rita, que enga- ña á sus dos amantes; de Micaela, que engaña á su marido y á sus dos amantes; de...

—¿Señora, señora!...

—¡Ay! perdone V., yo no sabia que había V. tenido relaciones con todas ellas.

—¿Pero, señora, quién dice á V. que yo haya tenido relaciones?...

—Ese mismo calor con que las defiende. Créame V., cuando le con- venga tener ocultos algunos amores, aparente que no le importa su publicidad, y si le hablan de ellos, conteste ni negando ni concedien- do; y por el contrario, cuando le convenga aparentar que le prefiere alguna dama, reciba las bromas que le den poniéndose furioso, y aca- barán todos por creer que está en íntimas relaciones.

—Seguiré el consejo, señora: dijo Meneses, separándose de aquella arpia, y pensando si tendría razon.

Gravísimo daño había causado la vieja víbora á Meneses; pues, aprovechando los minutos que Luis había perdido, varios jóvenes ro- deaban á la preciosa vascongada. Hubiera podido Meneses unir su in- cienso al que otros quemaban en las aras de aquella beldad; pero como no era su ánimo presentarse adorador de Magdalena, y no podía en aquel momento entablar la conversacion que se había propuesto tener, comenzó á recorrer los grupos, saludando á sus conocidas, y cam- biando con sus amigos algunas bromas de buen tono.



Acabó de declinar la tarde, que pareció á Luis bastante larga, y á misteriosa luz de la luna sucedió á la argentada del crepúsculo. Los varios grupos empezaron á confundirse, como se confunden las abejas al aproximarse la noche, y Meneses, que no había perdido de vista á Magdalena, pensaba realizar su proyecto, cuando oyó la voz de la condesa que lo llamaba. Tembló Luis de pies á cabeza, creyendo que otro imprevisto inconveniente iba á dilatar su conferencia; pero se estremejó de alegría, oyendo decir á la condesa:

—Amigo Meneses, tenga V. la bondad de dar el brazo á nuestra hermosa amiga.

Meneses no necesitó que le repitieran la orden; presentó su brazo á Magdalena, y ocupó su sitio en la larga procesion de parejas que se iba formando á la voz de la deliciosa condesa.

—¿Se ha divertido V. mucho esta tarde? preguntó Magdalena á Luis, con cierta malicia, porque había observado la conferencia de Meneses con la vieja, y los esfuerzos que había hecho para quedar en libertad.

—Magdalena, he sufrido esta tarde un doble y horrible tormento, repuso Luis dando un suspiro.

—¿Puede saberse en qué ha consistido ese horrible y doble tormento?

—Ha consistido en pasar mas de diez minutos al lado de una vieja que...

—No se canse V. en retratarla, porque la he visto, interrumpió la jóven riendo.

—¿Y le parece á V. soportable ese tormento, Magdalena?

—Podrá ser grande, pero no es doble, como V. había querido persuadirme.

—Es doble, porque me privaba de la dulcísima satisfacción de hablar á V.

—Convengamos, señor de Meneses, en que la privacion no era grande.

—Yo á lo menos la consideraba grandísima é intolerable.

—Podrá ser; pero cuando V. quedó libre, ni siquiera vino á saludarme.

—Porque estaba V. rodeada de tantos adoradores, que una adoracion mas...

—No hablábamos de adoraciones, hablábamos de un simple saludo.

—Pues voy á confesar á V. dos de mis principales defectos.

—Pocas personas confiesan los suyos, y será un mérito esa franqueza.

—Yo soy muy egoísta y muy impaciente. En el primer concepto, renuncio á la felicidad que he de partir con otros varios: y en el segundo, cuando me prometen una cosa, no descanso hasta que me la cumplen.

—¿Y quiere V. decirme qué promesa esperaba ver realizada?

—La que V. me hizo de recitarme la letra de una linda romanza.

—Pues voy á cumplir mi promesa, para que V. no se impaciente.

—Y yo voy á ver si consigo grabarla entera en mi memoria.

(Concluirá.)

JUAN DE ARIZA.



(Punto en que tuvo lugar el abrazo de Vergara.)

## DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

### ARTICULO PRIMERO.

Si desventajosa y humillante bajo muchos conceptos resulta la comparacion para nuestra época respecto de las anteriores, bajo ninguno es tan palpable su decadencia como en orden á la arquitectura. Al fin las ciencias físicas, á espensas de las morales, sobre los fundamentales principios y luminosas teorías que otros siglos establecieron, ensanchan sus inventos y aplicaciones; al fin las sociales y filosóficas, con sus eruditas pretensiones y pomposo neologismo, encubren el gusano de la duda que las corroe y emponzoña; y la moderna literatura con su brillante oropel deslumbra y fascina; y la poesía suple con postizos afeites sus perdidos encantos naturales; y las bellas artes para balagar la molice ó el orgullo de nuestra cultura conservan dulces ecos ó velados reflejos de sus lozanas inspiraciones juveniles; y hasta la tiránica ley de la moda, renovando sin cesar muebles, trajes, y los objetos de mas íntimo uso, no nos permite conocer cuánto pierden á cada cambio en gusto, solidez y riqueza. Con mas ó menos lozanía, y hasta con apariencia de progreso algunos, se mantienen todos los ramos del saber y las flores del ingenio y los frutos de la industria; solo de la arquitectura dudarse puede, no ya si adelanta, pero si existe siquiera. Reducida al trabajo de construir, no siempre con solidez, rara vez con ornato, con buen gusto casi nunca,

casas y edificios particulares; destinada al uso individual, sometida esclusivamente á las necesidades y exigencias de la vida comun, posponiendo la belleza á la comodidad bien ó mal entendida, y la misma regularidad á mezquinos cálculos de especulacion ó economia, de noble arte que era ha bajado á ser oficio, perdida toda significacion general, toda idea artistica, toda mira elevada. Todavía sin embargo se llama arquitectura, como si la conversacion se parangonase con la oratoria, como si las cartas y libros de memoria cobrasen pretensiones de obras literarias.

¿Y en qué consiste esta precoz ruina, esta degeneracion anticipada? Consiste en la irrupcion del individualismo, de la personalidad egoísta, del materialismo disolvente; y sus estragos, antes que en otra arte ninguna, dejan sentirse en la que especialmente vive del espíritu social, retrata sus vicisitudes, y se desenvuelve en públicos edificios y durables monumentos. ¿Cómo podrá pues expresar otra cosa que la anarquía moral de nuestra época, la estincion de los grandes sentimientos, la incertidumbre de las ideas, el predominio de los intereses, la interinidad de las obras; el embotamiento del poético instinto? ¿Cuál otra puede ser su tarea que la de alinear calles, acumular pisos, adornar mostradores? Si por escepcion se presenta alguna grandiosa construccion que hacer, algun monumento que levantar, cuanto mayores sus proporciones sean, pónese mas de manifiesto la nulidad é impotencia á que está condenada: sin pensamiento, sin estilo propio, sin atenerse á la imitacion de ninguno, los baraja y con-



funde todos, produciendo incoherentes amalgamas, en detalle serviles copias, en su conjunto monstruosas creaciones. Inferior en ornato al barroquismo, que original era al cabo, bien que profuso y estravagante; inferior en regularidad á la clásica restauración greco-romana, bien que intolerante y seca, nuestra arquitectura carece de fisonomía; y la ecléctica consideración y el entusiasta culto que á los pasados géneros afecta tributar, encubre una desdeñosa indiferencia hacia todos ellos, creyéndose dominarlos con remedarlos bien ó mal, y erigirse un altar sobre sus hacinados escombros. Su esterilidad la vuelve envidiosa y la atiza contra sus modelos; de lo pasado se cuida poco por presunción, del porvenir por conciencia de su debilidad. Fáltale de noble ambición, cuanto de insensata vanidad le sobra; aislando sus miras en el tiempo como en el espacio, separa, mutila, destruye, edifica para hoy según le place ó le conviene, sin pensar en mañana; poco le importa que la futura generación no herede sino montones de ruinas ó legajos de fastuosos proyectos: Y ¡ojala al menos que de sus escasas y mezquinas obras no quedasen sino las cuentas, que por ellas acaso juzgaría la posteridad que muy grandiosas y soberbias debieron ser las fábricas en que se emplearon tan enormes sumas!

Apenas se comprende cómo nuestros constructores, titulados arquitectos, al modo que un versificador pudiera llamarse poeta, adornados de todos los conocimientos auxiliares que su profesión requiere, provistos de académicos diplomas, rodeados de modelos en mil y mil láminas reproducidos, no alcancen (¿diremos á imitar?) á comprender siquiera las maravillas del arte, que los rudos *pedreros*, los humildes maestros de la edad media, con el instinto mejor que con la ciencia de las reglas, y con la inspiración de la fe y de la belleza, nos legaron; que esquiven tan cobardemente las dificultades que se complacían en vencer, aquellos que tan atrás se les queden, no solo en la parte de invención y ornato, sino en la solución de mecánicos problemas, en cortes atrevidos, en geométricas proporciones, y hasta se asusten de la gallardía y ligereza de los antiguos monumentos, como si á desplomarse fuesen sobre sus cabezas. Apenas se comprende, repetimos, tan densa oscuridad en el apogeo de las luces, tanta impotencia en el seno de los recursos, tanta barbarie á la sombra de la civilización. Y á fin de encubrir la nada se perdona para estraviar el gusto, para proscribir lo que copiar no es posible, para rebajar las reglas al nivel de las facultades presentes, y erigirlas en tiránico código, para quitar del medio todo término de comparación odiosa, para deslumbrar y sorprender los sentidos, adular los intereses, plegarse á los caprichos, é imponer al vulgo, en una palabra, con su magistral charlatanismo y decantadas mejoras. Preciso es confesar que el objeto se ha logrado, y que este falso gusto de relumbrón se acredita y cunde á las mil maravillas, y que de grado ó por fuerza cada cual se apresura á conformar su nuevamente construida ó heredada mansión, á esa simplificación admirable, á esa regularidad encantadora, á ese brillantísimo revoque que identifica entre sí las manzanas, y rejuvenece nuestras ciudades. Jamás se corrompe el arte, sin que pasando el error de los profesores al público, haga cómplice á la opinión de sus extravíos: á los mas informes abortos del ingenio nunca han faltado numerosos y sinceros admiradores. Tal habrá miembro de todos los cuerpos arqueológicos y artísticos, que trasforme en cuadrados balcones los gallardos ajimeces góticos de su casa, ó haga picar las delicadas platerescas orlas de sus ventanas para reconstruirlas á la inglesa: tal habrá, suscriptor nato á todas las obras pintorescas, que derribe por los cimientos su caseron antiguo, si de su nueva distribución ha de resultar un aposento mas. Todos, mal que nos pese, llevamos inoculado en nuestras venas la manía de la destrucción y las pretensiones de reformistas; y fiar á la ilustración de nuestros tiempos la conservación de monumentos y antiguallas, es entregar al capricho de un niño un precioso dize ó un lindo pájaro, que tan pronto lo mima y acaricia, como con ciega inhumanidad lo destroza.

Por eso tal vez á su cargo creyó deber tomarla el gobierno, parado apenas el primer impetu revolucionario, creando bajo todos los nombres y formas imaginables, multitud de juntas arqueológicas y artísticas, salvadoras ó conservadoras, que reparasen en lo posible los daños ya causados, ó le advirtiesen de los sucesivos, estimulando con sentidas circulares su celo y el de las autoridades que debieran apoyarlas. Pero el mismo número de ellas publica su ineficacia; y su existencia es tan nominal é ilusoria, que ha habido necesidad de recordarla á menudo para que no se creyese estinguida. Y no ciertamente por haber cesado los males y peligros para cuyo remedio se establecieron, ó por faltarles ocasiones de llenar su noble encargo: no ha pasado, no, la época de devastación y vandalismo que yermó nuestro suelo de bellezas y profanó los mas gloriosos recuerdos; la segur está puesta á la raíz del árbol todavía. Ya no se hiere por lo general á nuevas víctimas; pero mueren de las heridas ó de consunción las pocas que escaparon del fanatismo destructor. Los monasterios continúan arruinándose en los despoblados, ó sirviendo de grane-

ros; los edificios religiosos en el recinto de las ciudades se desmoronan lentamente si yacen abandonados, ó pierden de pronto toda su lisonomía artística, y mas tarde tambien su existencia si se les destina á usos corrientes: en el primer caso mueren á manos del tiempo, á manos del hombre en el segundo. Apenas hay monumento que no dependa del capricho de un particular el reformarlo ó estropearlo; y ninguno hay del cual las autoridades locales, políticas ó militares, no puedan echar mano en casos de apuro, incluyendo en estos la llegada de unas cuantas compañías mas de lo regular, ó el voto de un perito cualquiera, para demolerlo si estorba ó amenaza ruina, para destinarlo á cuarteles, almacenes ó usos semejantes, que convierten muy pronto en ruina al mas sólido edificio, si promete aun ciertos años de vida. En tal situación, ¿cuáles han sido y continúan siendo los resultados verdaderos de semejantes corporaciones? instalarse con estéril aparato para no volver á reunirse, ó reunirse sin trabajar, ó trabajar sin conseguir, ó conseguir sin obtener los recursos indispensables para su propósito; recibir del gobierno sendas promesas de apoyo y asignaciones de caudales, y de las autoridades locales cierta benévola sonrisa por tomar unas y otras tan al pie de la letra; sucumbir en cualquiera lucha, ya con funcionarios públicos, ya con particulares, empeñada á favor de un monumento; asistir cual mudos testigos y hasta cual cómplices en apariencia, á la destrucción de las fábricas y objetos mas interesantes que la incuria, el capricho ó la codicia se hayan propuesto aniquilar. Faltas de prestigio y de recursos, al menos las comisiones de provincia, que de la central creemos que así no sea, ¿qué edificio han logrado arrancar al furor ó á los cálculos del vandalismo? ¿qué riguroso fallo suspender? ¿qué golpe parar del hacha destructora? ¿qué gotera remendar si á expensas propias no ha sido? ¿qué socorro tender á su desvalida grandeza ó hermosura?

Entre tanto en insignificantes mejoras de comodidad y ornato, en proyectos tan pronto acometidos como abandonados, en un paseo ó fuente, en costosas traslaciones de establecimientos y oficinas de uno á otro edificio, en las mismas demoliciones, se invierten enormes sumas, cuya mitad bastara para conservar y adaptar á nuestros usos las grandes fábricas de nuestros antepasados. Nunca se habia visto tan gravado con gastos de esta clase el presupuesto; nunca sujeto á tantas trabas y á tan onerosas condiciones el derecho de edificar. No hay apenas ayuntamiento ni concejal que no se haya propuesto fundir y regularizar la población á su manera, trazando líneas sobre el mapa topográfico, cual sobre un yermo erial lo hiciera, sin desviarse jamás su inflexible recta por consideración alguna, á no ser una que otra personal. La primera piedra que de antigua fachada se desprende, entraña consigo la ruina de toda ella, para ser luego, sabe Dios bajo qué plan, reconstruida; los arcos caen, los saledizos se despejan, los paredones se blanquean, las calles se ensanchan para abrir paso al carro triunfal de la civilización, y si por ellas no cabe, se le franquea brecha, como al caballo de Troya, al través de monumentos seculares. Por lo demás, dentro del círculo de las compilaciones municipales, en cada lugar y sazón modificadas, bajo la firma de un maestro de obras competente, y con el visto bueno de las comisiones á este fin autorizadas, cualquiera es dueño de realizar los despropósitos mas absurdos en arquitectura, con tal que en correcta formación se alineen, sometiéndose á ese tipo geométrico que sin distinción de climas y de países, sin filosofía y sin arte, sin respeto alguno al carácter histórico, y como á propósito para destruir toda pintoresca perspectiva, se ha constituido como ideal de la belleza y último y absoluto fin de toda mejora. Y á este tribunal formidable para los edificios privados, agrégase respecto de los públicos el de los ingenieros, que vigilantes custodios de la fortificación y defensa, fiscales de la pública seguridad, picándose poco de artistas por lo general y avezados á estudiar y considerar las obras bajo otros aspectos, no siempre dan al monumental é histórico la importancia debida, exagerándose tal vez la responsabilidad de su ministerio. Sea dicho sin ánimo de herir los servicios de tales cuerpos ni las luces de sus individuos; pero dolémonos de que sus casi omnímodas facultades sirvan de rémora tantas veces al espíritu de conservación, y de instrumento al de ruina; que su firma autorice tan amenudo los crueles fallos que han herido de muerte á innumerables monumentos, y que la declaración de ruinoso haya recaído infaliblemente sobre los edificios que habia interés en destruir, como nunca faltan al vencedor pretestos de conspiración ó fuga para deshacerse de sus prisioneros. ¡Cuánta no sería la gloria de su profesión, si lejos de ser considerada como una máquina de guerra ó ingenio de batir, sirviera de dique á esa manía destructora que á los azares de la guerra civil sobrevive y á los furores de la revolución!

J. M. CUADRADO.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.